

modo que á las veces lo entusiasmaba, y esto unido á su deseo de ser admirado, era parte á imprimir á su carácter en ciertas ocasiones una manera de brillo que así semejava el de la verdadera virtud, como «la opaca y vacilante aureola» que rodeaba la frente del ángel caído, á la luz clara y espléndida de los espíritus celestiales poseedores de la integridad de su pureza inmaculada.

Hay en las Memorias de que damos cuenta varios otros retratos admirables de varones ilustres. Los de Sieyes y Talleyrand particularmente, son obras maestras llenas de animación y de vida. Pero nada nos ha parecido tan notable como la luz que sin darse cuenta de ello arroja M. Dumont sobre su propio carácter en cada una de las páginas de sus *Souvenirs sur Mirabeau*, porque la inflexible rectitud que demuestra, su caritativa manera, su benevolencia, su modestia, su espíritu elevado é independiente, su filantropía y su noble y sincero menosprecio de las grandezas mundanas, constituyen un tipo que, sin dejar de ser natural, nos parece más cerca de la perfección que los de todos los Grandisson y Allworthy de novela. No diremos, sin embargo, que sea el libro tal cual esperábamos; pues de una parte nos parece más pintoresco, animado y ameno, y de otra ménos filosófico y profundo que nos prometíamos hallarlo. Pero si no atesora todo cuanto podía ofrecernos el claro ingenio de M. Dumont, nada falta en él ciertamente de cuanto pudiera regalarnos la magnánima hidalguita de su corazón.

WILLIAM PITT.

1759.—1806.

Fué William Pitt hijo segundo del célebre ministro inglés del mismo nombre y de lady Ester Grenville, de la familia de los condes de Temple, y nació el 28 de Mayo de 1759, precisamente cuando la familia de su padre gozaba de tanta notoriedad en el mundo, que si los ingleses hablaban de él con muestras de orgullo, los enemigos de Inglaterra lo hacian entre admirados y temerosos. El primer año de su vida pasó en fiestas y regocijos públicos, porque cada ráfaga de aire llevaba á las costas de la Gran Bretaña mensajes de victorias alcanzadas por las armas británicas. En Westfalia, una gran batalla ganada por la infantería inglesa, detenía las armas vencedoras de Luis XV á lo mejor de sus conquistas; Boscawen derrotaba en las costas de Portugal á una escuadra francesa; Hawke dispersaba otra en el golfo de Vizcaya; Johnson se apoderaba de Niágara y Amberst de Ticonderoga; Wolfe recibia la muerte más envidiable al pié de los muros de Québec; Clive destruía un armamento formidable de los holandeses en el Hoogley y asentaba la supremacía británica en Bengala, y Coote vencía en Wandewash á Lally, estable-

ciéndola en el Carnate á su vez. Pero al aplaudir y aclamar la nacion á tantos guerreros victoriosos por mar y tierra, en Europa y América y Asia, los consideraba como instrumentos dirigidos de un espíritu superior, y por lo tanto, el vencedor de los mariscales y almirantes franceses en Alemania y el Atlántico no era otro en verdad á sus ojos sino William Pitt, el famoso representante del pueblo y conquistador para su patria de dos dilatados imperios: uno en las márgenes heladas del Ontario y otro en las riberas del Ganjes, bajo el sol de los trópicos. Mas, como no debia ser permanente la extraordinaria popularidad de que gozaba entónces el primer William Pitt; comenzó á declinar ántes de que sus hijos pudieran comprender cómo y por qué habia sido grande y famoso, llegando el caso de que lo rodearan circunstancias en las cuales fueran inútiles á sostener el prestigio de su nombre su elocuencia y su talento; en que una y otro se mostrasen decadentes; en que la energía y la resolucion, que tan propio lo habian hecho á conducir la guerra, holgaran en la paz, y en que su oratoria, conmovedora en la Cámara de los Comunes, no hiciera efecto en la de los Lores. Y como si esto no fuera bastante, una enfermedad cruel torturó sus miembros, y no cesó de atormentarlo sino para invadir su cerebro y hacer presa de sus nervios. Además, los últimos años de su vida se tornó enojoso á la corte, sin ser por eso simpático á la mayoría de la oposicion, quedando á causa de tanta desgracia reducido á ser lord Chatham la ruina de Pitt, aunque tan imponente y majestuosa todavía, que ningun hombre pudiera contemplarla sin experimentar análogas emociones á las que producen los restos del Parthenon y del Coliseo. Sin embargo, bajo un aspecto fué completamente feliz,

porque cualesquiera que fuesen las vicisitudes de su vida pública, el afecto de su familia no le faltó nunca, y amó á sus hijos y fué correspondido...; pero de todos ellos aquel á quien prefirió siempre y del que se mostró más orgulloso fué William.

El talento y las ambiciones del jóven Pitt se desarrollaron con grande y casi sobrenatural precocidad. A la edad de siete años el interes que prestaba en toda ocasion á los asuntos graves, su aficion decidida por el estudio, el buen sentido y la viveza de sus observaciones acerca de los libros y de los acontecimientos, causaban maravilla, no sólo á sus parientes, sino á sus maestros. Una de las frases notables que por aquel tiempo brotaron de sus labios, la dijo á su preceptor con motivo de haber pasado lord Chatham á la Cámara de los Lores en Agosto de 1766. William, al saberlo, exclamó: «Me alegro de nó ser el primogénito, porque quiero hablar como papá en la Cámara de los Comunes.» Existe una carta de lady Chatham, dama de grande ilustracion y de muy distinguidas maneras, á su marido, en la cual le dice que su hijo menor de doce años habia pasado en las clases al mayor que tenia quince, «siendo tal, añadia la condesa, la inteligencia y el despejo de William, que su mayor deleite consistia en leer y estudiar libros cuyos asuntos fueran superiores á la capacidad de ningun otro niño de tan pocos años.» A la edad de catorce su inteligencia lo era de hombre formado. El poeta Hayley, que lo vió en Lyme el verano de 1773, quedó admirado y seducido juntamente, oyendo de su boca palabras tan ingeniosas y sensatas, que más tarde dió muestras de sentir mucho no haberse atrevido á someter á su precoz criterio el plan de una gran composicion literaria que meditaba por

entónces. William había ya escrito una tragedia en aquel tiempo, no buena, en verdad; pero no inferior por eso á las de Hayley, la cual se conserva en Chevening, y es, bajo muchos aspectos, digna de llamar la atención: primero, porque no entra por nada en ella el amor, y segundo, porque toda su intriga es política y todo su interés consiste nada ménos que en una disputa empeñada con motivo de cierta regencia. Uno de los interlocutores defiende al Rey ausente, y apura los razonamientos que le inspira su fidelidad caballeresca; el otro es un conspirador de baja estofa, sin principios y agitado de ambición desaforada; el soberano aparece de improviso, empuña las riendas del Gobierno y premia generosamente al fiel defensor de sus derechos. Juzgando la obra sin conocer al autor, no vacilaría ningún crítico en decir que fué forjada por algún poeta de poca cuenta partidario de Pitt, con motivo de los festejos que se hicieron en 1789 para celebrar el restablecimiento de Jorge III.

El placer que sentían los padres del jóven William Pitt siguiendo atenta y afanosamente los rápidos progresos de su inteligencia, fué turbado del temor que hubo de causarles su salud. Crecía de una manera extraordinaria, no se desarrollaba ni se fortalecía en proporción, y con frecuencia padecía enfermedades producidas por la debilidad de su temperamento, llegándose á temer que no fuera posible vivir á un niño tan delicado de salud. En aquella coyuntura le prescribieron los médicos el vino de Oporto, y dicen que á los catorce años lo usaba ya en cantidades más propias de un hombre formado que no de persona de su edad, logrando, sin embargo, con este régimen, que hubiera sido mortífero para otros y que parecía ser el más pro-

pio para él, fortalecerse, toda vez que á los quince años dejó de padecer como ántes, y que si no llegó á ser nunca robusto, á lo ménos tuvo la salud necesaria para resistir años enteros de trabajo constante y de ansiedad, largas vigias consagradas á las discusiones parlamentarias y veranos rigurosos sin salir de Lóndres para respirar los aires puros del campo ó las brisas reparadoras del mar.

Acaso por ser tan delicado de salud no recibió William Pitt la misma educación que los demás jóvenes de su rango. Porque mientras todos los hombres políticos y los oradores eminentes que debían ser sus aliados ó sus adversarios algún día: North, Fox, Shelburne, Windham, Grey, Wellesley, Grenville, Sheridan y Canning, concurren á las escuelas, y lord Chatham mismo fué discípulo de la de Eton, cosa que ninguno en su caso deja de tener en memoria, como el temperamento delicado de nuestro William reclamaba vigilancia y cuidados que sólo pueden hallarse bajo el techo paternal, así es como hizo sus estudios, encomendado á la dirección de un eclesiástico (1); y aunque hubo de interrumpirlos con frecuencia por efecto de sus enfermedades, se prosiguieron con éxito extraordinario, logrando poseer ántes de cumplir quince años un conocimiento de las lenguas antiguas y de las matemáticas superior al que aporta la mayoría de los escolares de diez y ocho á los grandes centros universitarios. A fines de 1773 lo enviaron al colegio Pembroke, de Cambridge, y teniendo en cuenta que un estudiante tan jóven exigía más esmero en los repases de lo necesario á los mayores que aspiran á graduarse, William Pitt tuvo un preceptor encar-

(1) Wilson.

gado de dirigirlo en Prettyman, bachiller en artes, laureado en el concurso anterior. No era Prettyman persona de porte y maneras muy agradables, ni de talento superior; pero sí tenaz en el estudio, de mucha sagacidad y penetración, erudito clásico y excelente matemático. Durante más de dos años fué compañero inseparable y casi único de su discípulo, echándose con tal motivo entre ambos los cimientos de sólida y durable amistad. La cual fué parte á que ántes de cumplir William Pitt los veintiocho años hiciera nombrar á su preceptor de Cambridge obispo de Lincoln y dean de San Pablo, y á que Prettyman, en buena correspondencia y para darle testimonio de gratitud, escribiera luégo una Vida de su discípulo, que goza fama de ser la peor biografía de cuantas existen de la misma extensión.

Hasta que no se hubo graduado, apénas si trabó Pitt relaciones de amistad con otro condiscípulo. Asistía puntualmente á los oficios de la capilla mañana y tarde, comía en el refectorio y observaba irreprochable conducta. A los diez y siete años, conforme á la mala costumbre de aquel tiempo, se recibió, sin prévio exámen y á título de noble, de maestro en artes; pero, no obstante, continuó residiendo todavía en Pembroke-Hall algunos años consagrado al estudio bajo la dirección de Prettyman y frecuentando la mejor sociedad universitaria.

El caudal de conocimientos que atesoró Pitt en aquella época de su vida fué muy considerable, y bien podemos decir que á esto se redujo toda su instrucción, porque muy presto comenzó á tener tantas y tales y tan graves ocupaciones, que no le quedó vagar para la literatura. Su libro favorito, en

que hallaba la suma de sus deleites, era los *Principia* de Newton, y su gusto por las matemáticas era tan grande que rayaba en pasión, siendo necesario, al decir de sus maestros, matemáticos distinguidos todos ellos, ántes contenerlo que no estimularlo en su estudio, como que no tenía rival en la Universidad en punto á perspicacia y prontitud para resolver los más arduos é intrincados problemas; haciéndolo así público en pleno senado académico uno de los primeros catedráticos de aquel centro de saber. No fueron ménos dignos de mención sus progresos en los estudios clásicos, áun cuando tuviera la desventaja, comparándolo con los estudiantes de segundo y tercer orden que procedían de las escuelas públicas, de carecer de la facilidad para versificar que á las veces poseen áun aquellos que sólo han adquirido superficial conocimiento de las lenguas griega y latina y de la literatura clásica, en razón á que Wilson, su primer maestro, no lo acostumbró á componer nunca en ellas. Y en verdad que jamás hubiera podido producir versos elegiacos tan bellos como los de Wellesley en su *Adios á Eton*, ó exámetros virgilianos cual los en que Canning describió la *Peregrinación á la Meca*, á pesar de ser muy dudoso que ningun erudito poseyera conocimientos más sólidos y profundos de ambos nobles idiomas de la civilización antigua á la edad de veinte años, como que penetraba y descubría el sentido de las frases más difíciles y oscuras de los clásicos con tal rapidez que causaba maravilla ciertamente á los críticos de más nota. Bastará que citemos á este propósito el que se formó de leer toda la poesía griega, no quedando satisfecho hasta que hubo explicado la *Cassandra* de Lycofron, libro el más oscuro de cuantos produjo la

antigüedad; rapsodia singular que ha puesto en grande aprieto á muchos eruditos de notoria reputacion; «pero que William Pitt, como dice su preceptor, leyó corrientemente á primera vista; esfuerzo que á no haberlo presenciado estimaria por superior á la humana inteligencia.»

La literatura moderna ocupó muy poco en comparacion los estudios del discípulo de Prettyman, que no poseia demas de la nacional otra lengua viva que la francesa, y para eso de manera imperfecta. Habíase familiarizado con algunos de los mejores autores ingleses, y más principalmente con Shakspeare y Milton, siendo las disputas del Pandemonio uno de sus pasajes predilectos, en lo cual tenia razon; y cuando recitaba el discurso incomparable de Belial, producía efecto extraordinario en su auditorio por la cadencia melodiosa de su método; circunstancia que largo tiempo despues de su muerte recordaban sus amigos, y á la cual contribuyó mucho, aparte de su aptitud natural, el continuado ejercicio que hizo desde la niñez en el arte de guiar la voz. Era la suya sonora y clara, y su padre, cuya fama de orador elocuente vino en cierto modo de su habilidad para emitir los sonidos, aprovechó estas ventajas del jóven William para desarrollarlas en su provecho; enseñanzas que, andando el tiempo, dieron lugar á las burlas del club de Brooke, á cuyos socios ponía fuera de sí ver uno y otro dia fascinados de la sonora elocucion del grande orador á los representantes de las provincias (1).

(1) A este propósito les decían que Pitt habia sido enseñado por su papá sobre un taburete (taught by his dad on a stool).—N. del T.

Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que la educacion de Pitt fué la más ocasionada para formar un grande orador parlamentario, y digan cuanto les plazca los que sostienen y repiten que son contrarios á este fin los estudios clásicos que absorben tantos años de trabajo asiduo á los jóvenes, en razon á que les impiden aprender y dominar la lengua patria, no siendo raro por esta causa encontrarlos que sepan escribir prosa latina como Ciceron y hagan alcáicos dignos de Horacio, y no puedan expresar sus ideas en su propio idioma con claridad, pureza y energía. Observacion es la expuesta que no carece de verdad en cierto modo; pero que no puede aplicarse al caso de Pitt, porque sus estudios recibieron un impulso especial, y que, de consiguiente, sólo fueron parte á enriquecer su vocabulario inglés y á darle mucha práctica y facilidad en el arte de construir las frases de manera elegante y correcta. Porque su método consistía en leer una ó dos páginas de un autor griego ó latino, en apoderarse de su sentido, y traducirlo despues en alta voz en su propio idioma. Así lo hizo con su primer maestro Wilson, y así continuó luego con Prettyman, no siendo, por tanto, extraño que un jóven dotado de clara inteligencia como él lo fué, y que la ejercitó de tal modo durante diez años consecutivos, lograrse adquirir sin igual facilidad para expresar sus pensamientos, sin esfuerzo ni trabajo, por medio de palabras bien escogidas y de periodos elegantes.

De cuanto ha llegado hasta nosotros de la literatura clásica, las arengas de los oradores antiguos era lo que leía con más gusto nuestro William Pitt, consistiendo su ocupacion favorita en comparar los discursos en pro y en contra de un asunto, anali-

zándolos y fijándose mucho en los argumentos del primer orador que dejaba el segundo sin respuesta, ó refutaba ó eludía. Mas no era únicamente leyendo arengas como estudiaba entónces el arte de la esgrima parlamentaria, pues cuando pasaba temporadas en el seno de su familia no le faltaban ocasiones de asistir en Westminster á debates de la mayor importancia, y se consagraba con tanto afán á seguir su curso como atención científica fija un discípulo de Guy-Hospital cuando concurre á una operación difícil practicada por hábiles manos en el anfiteatro de la Facultad. A esta época y á estas visitas á Westminster se refiere un curioso episodio de su vida que no queremos dejar pasar sin mención especial. Es el caso, que Pitt, cuyo talento nadie conocía fuera del círculo de sus parientes y de sus compañeros de Cambridge, se encontró con Fox en la Cámara de los Lores y le fué presentado por un amigo de ambos. Fox, pues, que tenía once años más que Pitt y ya era uno de los principales oradores de la Cámara y el más temible y poderoso en lides parlamentarias que hasta entónces hubiera parecido en Inglaterra, refiere que miéntras duró la discusión, Pitt se volvió hácia él repetidas veces para decirle: «Mr. Fox, me parece que podría contestarse tal cosa,» ó, «Perfectamente; pero creo que también debiera decirse cual otra.» Fox olvidó las críticas parlamentarias de Pitt; pero en cambio expresó siempre la sorpresa que hubo de causarle la precocidad de juicio de un jóven que durante toda la sesión parecía exclusivamente preocupado de las respuestas que pudieran hacerse á los oradores de ambos lados de la Cámara.

Una de las visitas del jóven Pitt á la Cámara de los Lores quedó impresa con indeleble y triste re-

uerdo en su memoria. No había cumplido aún diez y nueve años, cuando el 7 de Agosto de 1778 acompañó á su padre á Westminster. La expectacion era grande, como que la sesión de aquella tarde prometía ser de las más solemnes. Acababa de reconocer la Francia la independencia de los Estados-Unidos; y como el duque de Richmond se proponía expresar en la Cámara la opinion de que debía renunciarse á la idea de someter á los insurgentes, y Chatham había sostenido siempre que la resistencia de las Colonias á la Metrópoli era justa, si bien imaginaba que al reconocer Inglaterra su independencia caería del pedestal de su grandeza y de su poder, aunque agobiado de los años y de incurable dolencia, determinó de concurrir al Senado, contra la opinion de los suyos, y á él fué sosteniéndose, no sin pena, en el brazo de su hijo querido. Esfuerzo fué aquél superior á los espíritus del anciano; el cual, en el momento de dirigirse á los pares, cayó desfallecido en medio de convulsiones dolorosas. Pocas semanas despues tenía lugar la traslación de su cadáver con lúgubre pompa desde la *Cámara pintada* á la célebre Abadía, y el hijo predilecto del ilustre difunto, su homónimo y heredero de su gloria, presidía el duelo y acompañaba el cadáver hasta que hubo recibido sepultura en el lugar mismo donde también debían descansar sus propias cenizas.

Su hermano mayor heredó el condado de Chatham con una renta bastante no más que á sostener su rango. Los demas individuos de la familia quedaron proveidos de manera muy escasa, tanto, que nuestro William apenas si contaba trescientas libras esterlinas de renta. Hubo entónces de abandonar á Cambridge y de abrazar una carrera, con tanto más motivo, cuanto que desde Mayo de 1780 ya era ma-

yor de edad. Inscribióse, pues, entre los estudiantes de Lincolns's-Inn, y asistió á los tribunales de la circunscripción del Oeste. Y como tuvieran lugar aquel otoño elecciones generales, solicitó los sufragios de la Universidad, quedando el último en el *poll* ó lista de los votos; que, según parece, los graves y sesudos doctores de toga encarnada, que á la sazón tenían asiento en los bancos de Gólgota, tacharon de presuntuosa demasía la del jóven pretendiente de tan elevada distincion. Sin embargo, Pitt fué aquella vez á la Cámara, pues á ruego del duque de Rutland, amigo de la familia, sir James Lowther lo hizo elegir por representante del lugar de Appleby.

La situación del país era peligrosa por demasía aquel entónces, y ocasionada en verdad á desalentar el ánimo. En vano habia sido que la metrópoli enviara una en pos de otra expediciones militares fortísimas contra las colonias rebeldes de América, porque si en los campos de batalla quedó la victoria por las tropas tan disciplinadas de la madre patria, no era en ellos donde podia ventilarse y resolverse definitivamente la querella, y ménos aún tratándose de un pueblo entero sublevado que tenía por auxiliares el hambre y el Atlántico. La casa de Borbon entretanto, humillada pocos años ántes por el genio y la energía indomable de lord Chatham, logró aprovechar la ocasion del desquite. Francia y España, pues, se ligaron en daño de Inglaterra, siguiendo la Holanda su ejemplo, y reduciendo entre todas al pabellon británico á retirarse del Mediterráneo, y á sostenerse apénas en el canal de la Mancha. Y si las potencias del Norte guardaban las apariencias de la neutralidad, la suya en el fondo era peligrosa y amenazadora. En Asia, Hyder-Alí habia bajado al

Carnate y roto el pequeño ejército de Baillie, llevando el terror hasta los fosos del fuerte San Jorge; en Irlanda, los descontentos parecían presagiar la guerra civil, y en Inglaterra no era posible que cayera más bajo el prestigio del gobierno, participando así el Rey como la Cámara de la propia impopularidad. En efecto, el clamor de la reforma parlamentaria resonaba en aquellos días aciagos y temerosos con igual violencia que en 1830, y asociaciones formidables dirigidas y agitadas no de vulgares demagogos, sino de personas de calidad, que ocupaban elevada posición social, de carácter noble y de talento superior, pedían con grandes voces la revision del sistema representativo; y el populacho, envalentonado con la debilidad y la irresolucion de los ministros, habia roto los diques del temor y del respeto, sitiando las Cámaras legislativas, maltratando los pares del reino, persiguiendo á los prelados, atacando la residencia de los embajadores, violentando las puertas de las cárceles y derribando y quemando las casas de aquellos que reputaba por sus contrarios; como que Lóndres ofreció durante algunos días el aspecto de una ciudad tomada por asalto, y se hizo necesario asentar un campamento en el parque de Saint-James.

Mas, á despecho de los peligros y de las dificultades que lo amenazaban, así en lo interior como en lo exterior, Jorge III persistia en querer reducir á los americanos por la fuerza de las armas, y sus ministros en abdicar su voluntad en la del Rey, con energía el primero y flaqueza los segundos, muy distantes ambas de la virtud y la prudencia. Cierto es que algunos de ellos no se proponían con esta conducta sino realizar fines egoistas y nada honestos; pero no lo es ménos también que lord North.